

tomó posesion de San Juan de Letran, que fué el mismo dia que en el año anterior habia sido hecho prisionero en la batalla de Ravena por los franceses, montando el mismo caballo que llevaba entonces. «Leon X, dice Montor, fué el último que en la ceremonia del *Posseso* se sentó en la silla de *pórfiro*, colocada bajo el vestibulo de la Iglesia. Delante del Papa llevaba el estandarte de la Iglesia el duque de Ferrara, que iba á la derecha de Su Santidad. Acompañábanle también el duque de Urbino y el de Camerino. Delante del Papa su primo Julio de Médicis que fué despues Papa con el nombre de Clemente VII, montado en un soberbio caballo, llevaba el estandarte de la religion de San Juan de Jerusalem.»

Aunque hemos de tratar mas adelante del concilio de Letran, empezado por Julio II y terminado por Leon X, que tuvo por principal objeto anular cuanto se hacia por los cismáticos en el concilio de Pisa, apuntaremos aquí lo que dice el señor Amat: «Leon X formó luego tres diputaciones de prelados del concilio, para que la una promoviese con especial cuidado la paz entre los principes cristianos, otra la reforma general de costumbres, particularmente en la corte de Roma, y la tercera tratase de la *Pragmática sancion* de Francia, y de lo perteneciente á la fé. En las sesiones VII y VIII, publicó el Papa algunos decretos de reforma de su corte, y condenó el error de los que decian que el alma intelectual era mortal, ó que era única en todos los hombres. En la sesion IX, se publicó un largo decreto sobre la reforma de los cardenales, especialmente sobre la frugalidad y moderacion en sus casas, mesas y familias. Se fulminaron varias penas contra los blasfemos, y contra los beneficiados que no rezan el divino oficio.

En la décima se declararon lícitos los montes de piedad, con tal que lo que se exige á mas del préstamo sea únicamente para gastos de dependientes y oficinas; y se prohibió el imprimir libro alguno sin preceder licencia del obispo. En la undécima se trató de la obligacion y modo de predicar dignamente la palabra de Dios, prohibiendo predicar sin las debidas licencias, interpretar arbitrariamente en el púlpito los textos sagrados, señalar el tiempo del juicio ó fin del mundo, y hablar mal de los superiores. En la sesion última se trató de expedicion contra los turcos, quedando el papa en

aplicar parte de los bienes de las iglesias, y hacer las demás diligencias regulares, cuando fuese ocasion oportuna.

Mas el asunto principal de este concilio fué la revocacion de la pragmática sancion de Francia. Llámase *Pragmática sancion* una constitucion ó decreto del concilio de Borges del año de 1438, al cual el rey de Francia dió fuerza de ley, y principalmente se tomó del concilio de Basilea. En la *Pragmática* se disponia que cada diez años hubiese concilio general, cuyas leyes se decia que también el Papa debe obedecer. Se prohibian las annatas, las reservas y espectativas que solian conceder los papas sobre los beneficios de Francia; y se aseguraba á los coladores ordinarios la libre presentacion de los beneficios menores, y á los cabildos de catedrales la libre eleccion de sus propios obispos. Varias de estas disposiciones se pretendia que eran antiguas en Francia. Los papas se quejaban de ellas á los reyes; y Luis XII al tiempo de sus desavenencias con Julio II, mandó que en todo el reino se observasen con exactitud.

Por fin, el rey Francisco I hizo con el Papa Leon X un concordato, en que revocó totalmente la pragmática sancion, concediéndole Su Santidad á él y á sus sucesores la facultad de nombrar los obispos y demas prelados de Francia con la precisa condicion de haber de nombrar sugetos dignos, á quienes el Papa apruebe, y reservándose Su Santidad el nombramiento de los obispados y beneficios que obtuvieren los que mueren en la corte de Roma. Este es el concordato que se aprobó solemnemente en la sesion XI de el concilio Lateranense V, con especial gozo de todos los padres. Realmente la pragmática sancion, bajo la apariencia de restablecer la antigua disciplina de la Iglesia en las elecciones, habia dado motivo á males gravísimos. Los reyes de Francia de cualquier modo se metian con frecuencia en recomendar algun sugeto á los cabildos, y solian las recomendaciones mirarse mas como riguroso precepto, que como súplica. Los señores y gente rica del país se valian muchas veces de violencias, y de medios muy viles, para lograr elecciones de sugetos menos dignos. Por lo mismo eran frecuentes los pleitos, en que se impugnaban varias elecciones como violentas, simoníacas, ó de otra manera ilegales y nulas, de cuyos pleitos se seguian la dilatacion de las vacantes de las mitras, la po-

breza por muchos años de los electos, y otros graves inconvenientes. En fin, los mismos reyes de Francia muchas veces rogaban al Papa, que á pesar de la pragmática sancion se reservase el nombramiento de algunos obispados, para conferirlos á los recomendados por sus majestades.

Sin embargo, como estos males hubieran podido precaverse sin quitar á los cabildos ó súbditos la eleccion de los prelados, por esto el clero de Francia, la universidad de Paris, el parlamento y varios autores sabios y piadosos se han explicado poco satisfechos del concordato. El rey de Francia concedió tambien entonces que las annatas se pagasen al Papa segun el valor actual de las prebendas y beneficios, y no segun la tasa antigua que era mucho menor.

Era Leon X, continua el mismo escritor, de grande ingenio y prudencia, recibia las gentes con agrado, protegia á los literatos con magnificencia, proveia los obispados con justicia, procuraba la paz con eficacia, sufría los contratiempos con fortaleza, ayunaba con frecuencia y con rigor, y amaba mucho la pureza y modestia, aunque gustaba de la música, de la caza, y en ciertos dias de convites espléndidos; Erasmo le alaba mucho en sus cartas. Acusáronle algunos de que favorecia mas á los poetas y profesores de letras humanas que á los teólogos, y que á haber tenido algunos de estos muy hábiles al lado, tal vez hubiera sido mas cauto en conceder indulgencias y hubiera podido sofocar con escritos sólidos los errores de Lutero contra los cuales peleaba con celo extraordinario.

Mr. Montor, luego que ha explicado los trabajos del gran Pontífice Leon X en el concilio de Letran, da importantísimas y detalladas noticias de otros no menos importantes negocios á que acudia aquel Pontífice.

Vamos á leer nuevamente á tan erudito historiador, el cual empieza por copiar una carta de Erasmo, en que felicita á Leon por sus gloriosos trabajos, resumiendo los grandes hechos de los Pontífices del mismo nombre:

«Leon X, vos volvereis el dichoso gobierno de Leon I; la piedad erudita y el gusto musical de Leon II; la elocuencia fecunda y el alma de Leon III, que no se doblegó ni delante de la dicha ni de la desgracia; la sencillez y la prudencia, encomiadas por Cristo, de

Leon IV; la tolerancia de Leon V; el amor á la paz de Leon VI; la vida *del todo celeste* de Leon VII; la integridad de Leon VIII; la bondad de Leon IX, que se derramaba sobre todos. Esto es lo que nos dareis, tenemos por garantía de ello, no solo estos nombres sagrados que son otros tantos oráculos, sino tambien el pasado y el porvenir.»

En 1514 se dieron cartas credenciales á los legados enviados por una parte á los moscovitas y por otra á los maronitas, al mismo tiempo que partieron misioneros para ir á destruir los errores que acaban de adoptar aquellos diferentes pueblos.

Manuel, rey de Portugal, que en el año anterior se habia hecho dueño del mar Eritreo donde habia encontrado puertos favorables al comercio, envió al Papa tres embajadores para renovar el juramento de obediencia, y algunos regalos procedentes de las conquistas hechas en las Indias orientales. Entre otros presentes le mandaba un elefante llamado Annon, dotado de calidades singulares, descritas por Oldoini en sus adiciones de Chacon. Gustaba tanto al Papa este animal, que iba muchas veces á visitarle para ver si lo cuidaban bien y si le daban los alimentos que podia encontrar agradables.

Leon despidió á los embajadores, despues de haberles dado espléndidas fiestas y les encargó que entregaran al rey la rosa de oro que habia sido bendecida, segun costumbre, el cuarto domingo de cuaresma. Iban unidos á la rosa de oro el *stocco* (la espada) y el *berettone* (el sombrero) bendecidos en las fiestas de Navidad y que ya era costumbre ofrecer á los príncipes cristianos que cobraban fama en batallas útiles al bien del catolicismo.

En 1515, Francisco I sucedió á Luis XII. El nuevo rey de Francia, para asegurar la posesion del ducado de Milan, firmó la paz con los ingleses y se alió con los venecianos, de donde nació una liga contraria, en la que se asociaron el emperador Maximiliano, Fernando, rey de España, el duque de Milan y los suizos. Al mismo tiempo, Octavo Fregoso, dux de Génova, para estar mas al abrigo de los insultos de la familia Adorni, concedió, con permiso de sus conciudadanos, el señorío de la república al rey de los franceses, príncipes que entonces procuraba atraer á su partido al papa Leon, que estaba mas dispuesto á abrazar el del emperador y de

Fernando. Leon, mal aconsejado en aquel momento por afinidades políticas y por la fortuna, no adivinó quien saldría vencedor, y se declaró contra los héroes de Ravena.

Francisco I, nacido el día 2 de Setiembre de 1494, era biznieto de Luis, duque de Orleans, hijo de Carlos V, y que había casado con Valentina de Milan.

«Este príncipe, dice Mr. Daru, joven, ardiente, lleno del hirviente valor que distinguía las guerras de aquella época y su nación, alejado del ejército durante el reinado de Luis XII, perseguido en su ociosidad por el ruido de las hazañas de Gaston, escribió á los venecianos que partiría para reunirse, dentro de cuatro meses, en el Adda, con su general Alviane, y cumplió su palabra.» Muy pronto el rey se presentó en los campos de Marignan, donde los suizos, salidos de Milan, fueron á atacarle. Su ejército marchaba al sonido de las temibles trompetas de Uri y de Underwald que se reservaban para los días de batalla. El combate duró dos días. Alviane, que venía de Lodi de buscar su ejército, llegó en medio de la segunda batalla, pero solamente á la cabeza de cincuenta y seis maestros que dejaban oír el grito veneciano. ¡Marco! ¡Marco! Ambos ejércitos creyeron que todas las tropas venecianas estaban en línea, y los franceses sintieron redoblado su valor, al paso que los suizos empezaron á ceder; pero hicieron una prudente retirada, teniendo las trompetas á retaguardia como amenazando por este medio tomar la ofensiva. Después de la batalla, que fué llamada por Trivulcio *el combate de los gigantes*, Francisco I quiso que se le diera un premio y deseó ser armado caballero por Bayardo: después él mismo armó á muchos otros caballeros.

Alviane, el general intrépido que tan bien había secundado al rey, pertenecía á la familia Orsini, y era próximo pariente de Leon X por su madre Clarisa. El dolor del Papa fué templado por una alegría de familia que no duró, pues muy pronto se supo que Alviane había muerto de resultas de las heridas, poco tiempo después. Las consecuencias de las victorias obtenidas en Italia son inmediatas y abrazan á menudo una larga serie de años.

Un tratado de paz unió pronto á Roma á la gloria de los franceses. El Papa se comprometió á romper su alianza con Maximiliano y el rey de España, y á retirar sus guarniciones de Plasencia

y de Ferrara, que hacia poco tiempo que acababan de ser restituidas á la Santa Sede. Por su parte, Francisco se comprometía á defender el Estado eclesiástico, á los Médicis y la república de Florencia.

Tratóse de una entrevista entre el Papa y el rey. Algunos cardenales no aprobaron que Leon partiera para Bolonia, á donde el rey debía también trasladarse; pero el Papa llevaba aún mas lejos sus miras, deseaba evitar la falta de Alejandro VI, que había esperado en Roma el paso del ejército de Carlos VIII. En consecuencia, Leon partió acompañado de diez y ocho cardenales, de treinta prelados y de una parte de la corte romana.

Florencia se había puesto sus mejores galas para recibir á su glorioso hijo: pintores, escultores, arquitectos, y sobre todo los poetas, se presentaron en tropel ganosos de manifestar su gratitud al príncipe distinguido que reinaba en Roma. Los arquitectos derribaron algunos lienzos de antiguos paredones á fin de que el séquito pontificio pudiera desplegar en toda su magnificencia. Los humanistas imaginaron divisas é inscripciones de estilo antiguo. Los poetas improvisaron en latin y en francés *canzones*, que coros de jóvenes de ambos sexos debían cantar al pasar el Papa.

Leon X se manifestaba gozoso de estos ingeniosos homenajes de amor; deteníase para oír los cantos improvisados en su honor, para leer las inscripciones latinas con que todos los arcos estaban adornados, para admirar las inspiraciones de los pintores, de los escultores y de los arquitectos, para contemplar las columnas y obeliscos, las estatuas y trofeos que Florencia había levantado á cada paso. Al ver la estatua de Lorenzo su padre, inclinó respetuosamente la cabeza y se le vió llorar. Sus ojos se habían fijado con singular emoción en estas palabras del pedestal de la estatua: *Hic est filius meus dilectus*. El pueblo desde las calles, desde los balcones y también desde los terrados gritaba: ¡Palle! ¡Palle! (las bolas, escudo de los Médicis) mientras que el tesorero de su Santidad echaba monedas á la muchedumbre.

El papa llegó á Bolonia el día 8 de Diciembre, y Francisco I tres días después. El día de la audiencia, Leon, revestido con sus hábitos pontificios, aguardó al monarca en la sala del consistorio. El rey iba entre los dos cardenales mas antiguos del sacro colegio:

la muchedumbre era tal en los salones que, segun relaciones del obispo de Pésaro, el monarca quedó durante mucho tiempo como aprisionado en medio de las oleadas de caballeros italianos y franceses, de lo que se reía estrechando la mano del maestro de ceremonias, á quien habia tomado por introductor.

Llegado finalmente junto al trono, el rey se arrodilló, besó la cruz bordada en la sandalia del Papa, y este tomó la mano del monarca y le presentó la mejilla. Francisco I dirigió al Papa algunas calurosas palabras, á las cuales Leon respondió en un estilo cuyo secreto él solo poseia y que, segun el obispo de Pésaro, pareció aquel día mas espiritual y tierno que de costumbre. A la señal del maestro de ceremonias, el rey se sentó á la derecha del Pontífice, en un magnífico sitio. El canceller Duprat se acercó, descubierta la cabeza, y pronunció el discuso de obediencia.

Toda la asamblea admiraba á la vez á un jóven monarca, héroe ya, que no tenia mas que veinte y dos años, y á uno de los mas grandes pontífices romanos, que solo tenia cuarenta.

Este sentimiento dominaba á todos los ánimos, por mas esfuerzos que en la sala se hicieran para oír las palabras de Duprat.

«El discurso del canceller, dice M. Audin, fué un manifiesto en honor de la Santa Sede. El orador proclama los títulos de Roma al amor, no menos que á la gratitud del reino de Francia. Era al mismo tiempo la profesion de fé del rey Cristianísimo á la autoridad del jefe de la Iglesia.»

Era hermoso oír al vencedor de Marignan exclamar por el órgano de su canceller: «Santisimo Padre, el ejército del rey Cristianísimo es vuestro; disponed de él como gustéis: las fuerzas de Francia son vuestras, vuestros son sus estandartes. Leon, delante de vos está vuestro hijo sumiso; *tuus religione, tuus jure, tuus more majorum, tuus consuetudine, tuus fide, tuus voluntate.* (Es vuestro por la religion, por derecho, por uso de los antepasados, por costumbre, por la fé, por la voluntad).»

Terminada la arenga, el rey se inclinó en señal de asentimiento, y Leon X contestó en términos llenos de benevolencia: segun su costumbre, fué sencillo, afable y armonioso. Luego Su Santidad cojió la mano de Francisco I, y le condujo al aposento en que debia dejar los hábitos pontificios. El rey se acercó á la ventana, á donde Leon fué á buscarle muy pronto.

Despues el Papa celebró el santo sacrificio en presencia del rey, el día 12 de Diciembre, en la iglesia de San Petronio. El monarca no aceptó el reclinatorio que quisieron poner delante de él, sino que se quedó en pié, ó se arrodilló, juntas las manos y la cabeza inclinada. Todos los oficiales franceses quisieron recibir la comunión de manos del Papa; pero eran tantos, que no fué posible, y el rey fué á buscar los que por su valor y nobleza le pareció que merecian la preferencia. Entonces uno de los que no eran admitidos exclamó en alta voz: «Padre Santo, ya que no puedo recibir la comunión de vuestra mano, ni confesar al oído de Vuestra Santidad, diré publicamente mi pecado: he peleado con todas mis fuerzas contra el difunto Papa Julio II.» El rey añadió con su natural franqueza: «En el mismo caso me hallo yo, Santísimo Padre; pero aquel Papa era el mas fiero de nuestros enemigos, y mejor habria estado al frente de un ejército que en la silla de San Pedro.»

Los mas de los capitanes confesaron la misma falta; y entonces el Papa, lleno de dignidad é inclinando la cabeza como para dar las gracias por tan bruscas reparaciones, quiso dar á todos la absolucion de las censuras en que hubiesen podido incurrir.

El mismo Papa y Duprat habian preparado el tratado que debia ser firmado por ambas partes, y que iba á organizar una multitud de disposiciones propias para restablecer la concordia entre la Santa Sede y Francia, en todo lo relativo á asuntos religiosos.

Al principio de la dinastía capetense, las elecciones de los obispos, para ser canónicas, debian hacerse por el clero. Bulas, con el asentimiento de la corte romana, confirmaban este derecho. El metropolitano y obispos de la provincia eclesiástica ponian el sello á la eleccion, adhiriéndose á ella, y consagrando al elegido. Es cierto que el concilio de Reims, celebrado en 1049, mandó que las elecciones solo fuesen de la incumbencia del clero. En cuanto al *pueblo*, al cual se ha dicho que estaba delegada esta atribucion, no nos parece inútil presentar una interpretacion, que creemos juiciosa. Es verdad que era costumbre consultar al *pueblo* acerca de los candidatos; pero nunca fué necesario su consentimiento para la validez de la eleccion; solo se evitaba elegir obispos que pudiesen desagradar al conjunto de los fieles. El tiempo, al cual no podemos impedir que obre, modifica las acciones del hombre. Por